

Prólogo

Érase una vez, en un país extranjero de nombre desconocido, un soldado que volvía a casa de la guerra. La guerra en la que había luchado duraba ya muchas generaciones. Llevaba tantos años librándose, de hecho, que quienes luchaban en ella habían olvidado por completo por qué combatían. Un día, los soldados miraron a los hombres contra los que batallaban y se dieron cuenta de que no sabían por qué querían matarlos. Los oficiales tardaron un poco más en llegar a la misma conclusión, pero al final se convencieron de ello y todos los soldados de ambos bandos depusieron las armas. Se había declarado la paz.

Así pues, nuestro soldado regresaba a casa por un camino solitario. Pero, como la guerra había durado tantos años, ya no tenía hogar al que volver y en realidad caminaba sin rumbo. Aun así, llevaba un hato con comida a la espalda, el sol brillaba en el cielo y el camino que había elegido era fácil y recto. Estaba contento con la vida que le había tocado en suerte.

Se llamaba Jack el Risueño...

De Jack el Risueño

Capítulo 1

Jack marchaba por la carretera silbando alegremente, pues no tenía ni una sola preocupación en este mundo...

De Jack el Risueño

*Londres, Inglaterra
Mayo de 1765*

Pocas cosas hay más desafortunadas en la vida de un hombre que verse rechazado por su futura esposa el mismo día de la boda, se dijo Jasper Renshaw, vizconde de Vale. Pero que le dejaran a uno plantado el día de su boda mientras sufría aún los efectos de una noche de borrachera... Eso, en fin, tenía que ser el colmo de la mala suerte.

—Lo siento muchíiiiisimo —sollozó la señorita Mary Templeton, la novia en cuestión, en un tono lo bastante agudo como para despegarle a uno la cabellera del cráneo—. Nunca tuve intención de engañarle.

—Ya —dijo Jasper—. Eso espero.

Tenía ganas de apoyar la cabeza dolorida en las manos, pero, obviamente, aquél era un momento sumamente dramático en la vida de la señorita Templeton, y tenía la impresión de que el gesto no mostraría el debido respeto hacia la gravedad de la situación. Por lo menos estaba sentado. Había una silla de madera de respaldo recto

en la sacristía de la iglesia, y nada más entrar se la había apropiado con nula caballerosidad.

Pero a la señorita Templeton no parecía haberle importado.

— ¡Ay, señor mío! — exclamó ella, presumiblemente dirigiéndose a él, aunque teniendo en cuenta dónde estaban quizás estuviera invocando a una Presencia más alta que la suya—. No he podido remediarlo, de verdad que no. ¡Cuán volubles somos las mujeres! ¡Cuán simples, cuán atolondradas, cuán incapaces de resistir al vendaval de la pasión!

¿El vendaval de la pasión?

— Sin duda, sin duda — masculló Jasper.

Ojalá le hubiera dado tiempo a tomarse una copa de vino esa mañana. Una... o dos. Le habría asentado un poco la cabeza, quizás, y le habría ayudado a comprender qué intentaba decirle exactamente su prometida, aparte de lo obvio: que ya no deseaba convertirse en la vizcondesa de Vale. Pero, tonto de él, esa mañana se había levantado sin esperar otra cosa que una boda tediosa seguida de un interminable desayuno nupcial. En lugar de eso, sin embargo, se había encontrado en la puerta de la iglesia con el señor y la señora Templeton (muy serio aquél, sospechosamente nerviosa ésta) y con su encantadora prometida con lágrimas en la cara, y había sabido de inmediato, en el fondo de su oscura y pesarosa alma, que ese día no comería pastel de bodas.

Jasper sofocó un suspiro y miró a su ex futura esposa. Mary Templeton era bastante bonita. Tenía el cabello oscuro y lustroso, los ojos de un azul brillante, la tez blanca y fresca y unos pechos agradablemente rotundos. Esto último era lo que más ilusión le hacía, se dijo malhumorado mientras Mary se paseaba delante de él.

— ¡Ay, Julius! — exclamó la señorita Templeton levantando sus hermosos y redondeados brazos. Era una lástima que la vicaría fuera tan pequeña. Aquel drama exigía un escenario mayor—. ¡Si no te amara tanto!

Jasper parpadeó y se inclinó hacia delante, consciente de que debía de haberse perdido algo, porque no se acordaba de ningún Julius.

—Eh, ¿Julius?

Ella se volvió y agrandó sus radiantes ojos azules. Eran magníficos, la verdad.

—Julius Fernwood. El vicario del pueblo que hay al lado de la finca de papá.

¿Iba a plantarle por un vicario?

—¡Oh! Si pudieras ver sus dulces ojos castaños, su cabello rubio como la mantequilla y su adusto porte, sé que entenderías que sienta lo que siento.

Jasper arqueó una ceja. Aquello le parecía sumamente improbable.

—¡Le amo, milord! Le amo con toda mi alma llena de sencillez.

En un arrebato alarmante, cayó de rodillas delante de él, con la hermosa cara llorosa vuelta hacia arriba y las blancas y tersas manos unidas entre los pechos redondeados.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Se lo ruego, libéreme de este lazo cruel! Devuélvame mis alas para que pueda volar en pos de mi verdadero amor, del hombre al que amaré siempre con todo mi corazón aunque me vea forzada a casarme con usted, a dejarme estrechar entre sus brazos, a someterme a sus instintos animales, a...

—Sí, sí —la cortó Jasper apresuradamente, antes de que acabara de retratarle como una bestia empeñada en esclavizarla y abusar de ella—. Comprendo que no tengo nada que hacer, comparado con un vicario rubio como la mantequilla. Me retiro del campo del matrimonio. Por favor, id en busca de vuestro verdadero amor. Mi enhorabuena y todo eso.

—¡Oh, gracias, milord! —Le agarró de las manos y se las llenó de húmedos besos—. Le estaré por siempre agradecida, estaré en deuda eterna con usted. Si alguna vez...

—Ya, ya. Si alguna vez necesito un vicario rubio como la mantequilla o a la esposa de un vicario, etcétera, etcétera... Lo tendré muy en cuenta. —Llevado por un repentino golpe de inspiración, Jasper se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de medias coronas. Pensaba arrojárselas al gentío, tras la boda—. Tenga. Para

sus nupcias. Le deseo la mayor felicidad con... eh, con el señor Fernwood.

Le puso las monedas en las manos.

—¡Oh! —Los ojos de la señorita Templeton se agrandaron aún más—. ¡Oh, gracias!

Le dio un último beso lloroso en la mano y salió corriendo de la habitación. Tal vez se daba cuenta de que Jasper le había regalado varias libras en monedas movido por un impulso y sabía que, si se quedaba más tiempo, quizá reconsiderara su generosidad.

Jasper suspiró, sacó un gran pañuelo blanco y se secó las manos. La vicaría era pequeña; sus paredes eran de la misma vieja piedra gris que la iglesia en la que pensaba haberse casado. En una pared había una estantería de madera oscura llena de trastos de la parroquia: velas viejas, papeles, Biblias y platillos de alpaca. Arriba, en lo alto del muro, había una ventana con pequeños rombos de cristal. Jasper vio el cielo azul, en el que flotaba serenamente una sola nube blanca y algodonosa. Una bonita habitación para que le dejaran solo de nuevo. Volvió a guardarse el pañuelo en el chaleco del bolsillo y notó de pasada que tenía flojo un botón. Tendría que acordarse de decírselo a Pynch. Puso el codo sobre la mesa que había junto a la silla, apoyó la cabeza en la mano y cerró los ojos.

Pynch, su criado, hacía un brebaje maravilloso para asentar la cabeza tras una noche de parranda. Pronto podría irse a casa y tomarse aquel remedio casero, y quizá volverse a la cama. Pero le dolía la cabeza, maldita sea, y no podía marcharse aún. Fuera de la vicaría se oían voces cuyo eco resonaba en la cúpula de la vieja iglesia de piedra. Al parecer, el romántico plan de la señorita Templeton había chocado con cierta resistencia paterna. Jasper levantó una comisura de la boca. Tal vez a su padre no le sedujera tanto como a ella el cabello rubio como la mantequilla. En cualquier caso, preferiría irse a hacer la guerra contra los franceses que vérselas con la familia y los invitados que esperaban fuera.

Suspiró y estiró las piernas delante de él. Así pues, seis meses de duro esfuerzo acababan de irse por la borda. Seis meses le había lle-

vado cortejar a la señorita Templeton: un mes para encontrar una muchacha adecuada (de buena familia, ni demasiado joven ni demasiado vieja, y lo bastante bonita como para llevársela a la cama); tres meses para cortejarla cuidadosamente, coqueteando con ella en bailes y salones, llevándola a dar paseos en su carruaje, comprándole dulces, flores y pequeñas chucherías; luego, la pregunta crucial, la respuesta satisfactoria y el casto beso en la mejilla virginal; y, por último, publicar las amonestaciones y hacer diversas compras y preparativos para la venturosa fiesta nupcial.

¿Qué había salido mal, entonces? Ella parecía perfectamente de acuerdo con sus planes. Nunca antes había expresado ninguna duda. Y cuando le regalaba perlas y pendientes de oro incluso podía decirse que parecía eufórica. ¿A qué obedecía, pues, aquel repentino impulso de casarse con un vicario rubio como la mantecilla?

Su hermano mayor, Richard, no habría tenido ese problema, si hubiera vivido lo suficiente para buscar esposa: a él no le habría plantado su prometida. Quizá fuera culpa suya, pensó Jasper sombríamente. Tal vez había algo en él que repugnaba al bello sexo, al menos en lo tocante al matrimonio. Era imposible pasar por alto el hecho de que era la segunda vez en menos de un año que le daban calabazas. La primera vez había sido Emeline, claro, y había que reconocer que Emeline era, más que una novia, una hermana. Pero aun así uno no podía dejar de...

El chirrido de la puerta de la vicaría al abrirse interrumpió sus cavilaciones. Jasper abrió los ojos.

Una mujer alta y delgada dudó en la puerta. Era una amiga de Emeline. Ésa de cuyo nombre nunca se acordaba.

—Lo siento, ¿le he despertado? —preguntó.

—No, sólo estaba descansando.

Ella asintió con la cabeza, miró rápidamente hacia atrás y cerró la puerta a sus espaldas, encerrándose con él, lo cual resultaba sumamente impropio.

Jasper levantó las cejas. Aquella señorita nunca le había parecido

muy dada al melodrama, pero estaba claro que, en ese sentido, su percepción dejaba mucho que desear.

Ella se mantenía muy erguida, con los hombros rectos y la barbilla ligeramente levantada. Era una mujer insulsa, cuyos rasgos costaba recordar. Seguramente por eso, pensándolo bien, Jasper no lograba acordarse de su nombre. Su cabello claro, recogido en un moño a la altura de la nuca, era de un tono indeterminado, entre rubio y castaño. Sus ojos eran de un castaño vulgar. El corpiño de su vestido marrón grisáceo tenía un escote corriente, de corte cuadrado, que desvelaba un pecho más bien enjuto. El cutis lo tenía bastante fino, notó él. Tenía esa blancura azulada y traslúcida que a menudo se comparaba con el mármol. Si la mirara más de cerca, sin duda vería las venas que corrían bajo la piel pálida y delicada.

Levantó los ojos hacia su cara. Ella se había quedado allí, inmóvil, mientras la examinaba, pero ahora un leve rubor comenzaba a aparecer en sus pómulos.

Al notar su azoramiento, por leve que fuera, Jasper se sintió un truhán. Y habló, por tanto, con cierta aspereza.

—¿Puedo servirla en algo, señora?

Ella respondió con una pregunta:

—¿Es cierto que Mary no va a casarse con usted?

Él suspiró.

—Por lo visto se ha empeñado en atrapar a un vicario, y ya no le sirve un vizconde.

Ella no sonrió.

—Usted no la ama.

Él extendió las manos.

—Por desgracia así es, aunque confesarlo me convierta en un canalla.

—Entonces, tengo una proposición que hacerle.

—¿Ah, sí?

Ella juntó las manos delante de sí e hizo lo imposible: se irguió aún más.

—Me preguntaba si querría usted casarse conmigo, en vez de con ella.

Melisande Fleming se obligó a mantenerse erguida y a mirar a los ojos a lord Vale, con firmeza y sin el más leve asomo de sonrojo pueril. A fin de cuentas, ya no era una niña. Era una mujer de veintiocho años: para ella, la época de las bodas en primavera y las flores de azahar quedaba ya muy lejana. Igual que la esperanza de hallar la felicidad. Pero al parecer la esperanza era una cosa muy dura, casi imposible de derrotar.

Lo que acababa de proponer era ridículo. Lord Vale era un hombre rico. Un aristócrata. Un hombre en la flor de la vida. Un hombre, en resumen, que podía elegir a su antojo entre un plantel de muchachas de risilla bobalicona, mucho más jóvenes y bonitas que ella. Aunque acabaran de dejarle plantado ante el altar por un vicario sin un penique.

Así pues, Melisande se preparó para soportar la risa, el desprecio o (peor aún) la lástima de lord Vale.

Lord Vale, sin embargo, se limitó a mirarla. Quizá no la había oído bien. Sus bellos ojos azules estaban un pelín enrojecidos, y por cómo se sostenía la cabeza al entrar ella, parecía haberse excedido celebrando sus nupcias la noche anterior.

Estaba arrellanado en la silla, con las largas y musculosas piernas estiradas, ocupando mucho más espacio del que debía. La miraba con aquellos ojos brillantes, de sorprendente tono azul verdoso. Eran luminosos (incluso vidriosos), pero eran lo único de su persona que podía considerarse encantador. Tenía la cara alargada y profundas arrugas alrededor de los ojos y la boca. Su nariz también era larga, además de muy grande. Sus párpados caían un poco hacia las comisuras, como si siempre estuviera soñoliento. Y su cabello... Su cabello, a decir verdad, era bastante bonito: rizado y abundante, de un hermoso color castaño rojizo. En cualquier otro hombre habría parecido infantil, incluso afeminado.

Melisande había estado a punto de no ir a la boda. Mary era prima lejana suya; habían hablado una o dos veces a lo largo de su vida. Pero Gertrude, su cuñada, se encontraba mal esa mañana y había insistido en que ella fuera a la boda en representación de su rama de la familia. Así que allí estaba, y acababa de cometer el acto más temerario de toda su existencia.

Qué extraño era el destino.

Lord Vale se movió por fin. Se frotó la cara con la mano grande y huesuda y la miró por entre los largos dedos.

—Discúlpeme, pero soy un idiota: por mi vida, que no logro acordarme de su nombre.

Naturalmente. Ella siempre había sido de las que revoloteaban alrededor de la multitud. Nunca en el centro, nunca llamando la atención.

Él, en cambio, era todo lo contrario.

Melisande respiró hondo y estiró los dedos para que dejaran de temblarle. Sólo tendría aquella oportunidad: no debía meter la pata.

—Soy Melisande Fleming. Mi padre era Ernest Fleming, de los Fleming de Northumberland. —Su familia era antigua y muy respetada, de modo que no se dignó dar más explicaciones. Si lord Vale no había oído hablar de ellos antes, sus garantías de respetabilidad de poco servirían ahora—. Mi padre falleció, pero tengo dos hermanos varones, Ernest y Harold. Mi madre era una emigrada prusiana, también fallecida. Puede que recuerde que soy amiga de lady Emeline, que...

—Sí, sí. —Apartó la mano de su cara y la agitó en el aire para atajar su lista de credenciales—. Sé quién es, lo único que no sabía era...

—Mi nombre.

Él inclinó la cabeza.

—Exacto. Como le decía, soy un idiota.

Ella tragó saliva.

—¿Podría darme una respuesta?

—Es que... —Sacudió la cabeza e hizo un vago gesto con los dedos—. Sé que anoche me excedí con la bebida y estoy todavía un poco aturdido por el abandono de la señorita Templeton, así que puede que mis capacidades cognitivas no estén a la altura de las circunstancias, pero no veo por qué desea usted casarse conmigo.

—Es usted vizconde, milord. La falsa modestia no le favorece. Su ancha boca se curvó en una leve sonrisa.

—Es usted muy mordaz, ¿no le parece?, para estar buscando la mano de un caballero.

Melisande notó que el rubor le subía por el cuello y las mejillas y tuvo que sofocar el impulso de abrir la puerta y huir.

—¿Por qué desea casarse conmigo, entre todos los vizcondes de este mundo? —preguntó él suavemente.

—Es usted un hombre honorable. Lo sé por Emeline. —Melisande hablaba con cautela, escogiendo sus palabras con cuidado—. Deduzco por la brevedad de su noviazgo con Mary que está ansioso por casarse, ¿me equivoco?

Él ladeó la cabeza.

—Eso parece, desde luego.

Ella asintió con la cabeza.

—Yo, por mi parte, deseo tener mi propia casa, en lugar de vivir acogida a la generosidad de mis hermanos. —Una verdad a medias.

—¿No tiene medios propios?

—Tengo una dote excelente y rentas propias, aparte de eso. Pero una mujer soltera difícilmente puede vivir sola.

—Cierto.

Él la contemplaba, contento, al parecer, de tenerla ante sí como una suplicante delante de un rey. Pasado un momento asintió con la cabeza y se levantó, y su estatura obligó a Melisande a alzar la mirada. Ella era alta, pero él lo era aún más.

—Discúlpeme, pero he de hablarle con franqueza a fin de evitar engorrosos malentendidos más adelante. Yo deseo un matrimonio real. Un matrimonio que, Dios mediante, produzca hijos engendrados en una cama compartida. —Sonrió encantadoramente y sus ojos

de color turquesa brillaron un poco—. ¿Es eso lo que busca usted también?

Ella le sostuvo la mirada, sin atreverse a abrigar esperanzas.

—Sí.

Él inclinó la cabeza.

—Entonces, señorita Fleming, me siento honrado de aceptar su proposición de matrimonio.

Melisande notó una opresión en el pecho, y al mismo tiempo como si algo aleteara locamente por detrás de sus costillas, luchando por liberarse y volar por la habitación, lleno de alegría.

Le tendió la mano.

—Gracias, milord.

Él sonrió inquisitivamente al ver su mano extendida y luego se la cogió. Pero en lugar de estrechársela para sellar el acuerdo, inclinó la cabeza sobre sus nudillos y Melisande sintió el roce suave y cálido de sus labios. Reprimió un estremecimiento de deseo al notar su contacto.

Él se incorporó.

—Confío en que siga dándome las gracias después del día de nuestra boda, señorita Fleming.

Ella abrió la boca para contestar, pero él ya se había dado la vuelta.

—Lo siento, pero me duele horriblemente la cabeza. Dentro de tres días iré a ver a su hermano, ¿le parece bien? Debo fingirme afligido al menos tres días, ¿no le parece? Esperar menos quizá repercutiría negativamente en la señorita Templeton.

Con una sonrisa irónica, cerró suavemente la puerta tras él.

Melisande dejó caer los hombros, libre por fin de tensión. Se quedó mirando la puerta un momento; luego paseó la mirada por la habitación. Era corriente, pequeña y un poco desordenada. Un sitio poco adecuado para que su vida diera un giro drástico. Y, sin embargo (a menos que el último cuarto de hora hubiera sido una ensoñación), aquél era el lugar donde su vida había tomado un rumbo nuevo y totalmente inesperado.

Se examinó el dorso de la mano. No había ninguna marca allí donde la había besado lord Vale. Hacía años que conocía a Jasper Renshaw, lord Vale, pero en todo ese tiempo él no había tenido ocasión de tocarla. Se llevó el dorso de la mano a la boca y cerró los ojos, imaginándose cómo sería que la besara en la boca. Su cuerpo tembló al pensarlo.

Luego volvió a estirar la espalda, se alisó la falda ya lisa y se pasó los dedos por el pelo para asegurarse de que todo estaba en orden. Así compuesta, se dispuso a salir de la vicaría, pero al echar andar su pie tropezó con algo. En el suelo, sobre las baldosas de piedra, escondido entre sus faldas hasta que se había puesto en marcha, había un botón de plata. Melisande lo recogió y le dio lentamente la vuelta entre los dedos. Llevaba grabada una inicial: V. Se quedó mirándolo un momento antes de guardárselo en la manga.

Después salió de la vicaría.

—Pynch, ¿conoces a algún hombre que haya perdido una novia y ganado otra el mismo día? —preguntó Jasper ociosamente, esa tarde.

Estaba tumbado en su gran bañera, fabricada expresamente a su medida.

Pynch, su ayuda de cámara, estaba en un rincón del cuarto, atareado con la ropa de la cómoda. Contestó sin volverse.

—No, milord.

—Entonces quizá sea yo el primero de toda la historia. Londres debería erigir una estatua en mi honor. Los niños pequeños se acercarían y me mirarían pasmados, y sus niñeras les aconsejarían en tono admonitorio que no siguieran mis pasos.

—En efecto, milord —contestó Pynch en tono monocorde.

La voz de Pynch tenía el timbre ideal para un sirviente de primera clase: era suave, firme, grave y serena. Lo cual estaba muy bien, porque, por lo demás, distaba mucho de ser el sirviente ideal. Pynch era un grandullón. Muy grandullón. Tenía los hombros de un buey,

unas manos que podían abarcar sin esfuerzo una fuente de servir, un cuello tan grueso como el muslo de Jasper y una cabeza calva y redonda como una cúpula. Parecía más bien un granadero: un corpulento soldado de infantería, de los que en el ejército se usaban para abrir brecha en el frente enemigo.

Y eso había sido mientras servía en el ejército de Su Majestad, antes de tener una pequeña divergencia de opinión con su sargento, de resultas de la cual, acabó pasando un día en el cepo. Y allí, en el cepo, era donde Jasper le había visto por vez primera, soportando estoicamente que la gente le arrojara a la cara verduras podridas. Aquella imagen le había impresionado tanto que, nada más ser puesto en libertad, Jasper le ofreció ser su ordenanza. Pynch aceptó de inmediato. Entonces, dos años después, cuando abandonó el ejército a cambio de una sustanciosa suma, compró también la libertad de Pynch y éste regresó con él a Inglaterra en calidad de ayuda de cámara. Toda una serie de circunstancias afortunadas, se dijo Jasper mientras sacaba un pie de la bañera y veía caer una gota de agua de su dedo gordo.

—¿Has mandado esa carta a la señorita Fleming? —Había redactado una misiva anunciando educadamente que iría a ver a su hermano tres días después, si entre tanto ella no le hacía saber que había cambiado de idea.

—Sí, milord.

—Bien. Bien. Creo que este compromiso saldrá adelante. Tengo una corazonada.

—¿Una corazonada, milord?

—Sí —contestó Jasper. Cogió un cepillo de mango largo y se lo pasó por la punta del dedo gordo—. Como la que tuve hace quince días, cuando aposté media guinea a aquel alazán cuellilargo.

Pynch carraspeó.

—Creo que el alazán resultó ser cojo.

—¿Sí? —Jasper meneó una mano—. Es igual. De todos modos, jamás hay que comparar a las mujeres con los caballos. Lo que intento decir es que ya llevamos tres horas comprometidos, y la señorita

Fleming aún no se ha desdicho. Indudablemente estarás impresionado.

—Es buena señal, milord, pero ¿me permite hacerle notar que la señorita Templeton esperó hasta el día de la boda para romper el compromiso?

—Ah, pero en este caso fue la propia señorita Fleming quien sacó a relucir la idea del matrimonio.

—¿De veras, milord?

Jasper dejó de frotarse el pie izquierdo.

—No quisiera que esa noticia salga de esta habitación.

Pynch se puso muy tieso.

—No, milord.

Jasper dio un respingo. Maldita sea, acababa de ofender a Pynch.

—No quisiera herir los sentimientos de la dama, aunque ella misma se haya arrojado a mis pies.

—¿Se arrojó a sus pies, milord?

—Es una forma de hablar. —Jasper sacudió el cepillo de mango largo, salpicando de agua una silla cercana—. Parecía tener la impresión de que estaba desesperado por casarme y que, por tanto, me arriesgaría a aceptarla a ella.

Pynch enarcó una ceja.

—¿Y no la sacó de su error?

—Pynch, Pynch, ¿acaso no te he dicho que nunca contradigas a una dama? Es de mala educación y, para colmo, una pérdida de tiempo. De todos modos, seguirá en sus trece. —Jasper se pegó el cepillo a la nariz—. Además, en algún momento tengo que casarme. Casarme y tener hijos, como hicieron todos mis nobles antepasados. Es absurdo intentar esquivar esa obligación. He de engendrar un hijo o dos, preferiblemente con algo de cerebro en la mollera, para que lleven el antiguo y enmohecido nombre de Vale. De este modo me ahorro el tener que salir y cortejar durante meses a otra muchacha.

—Ah. Entonces, a su modo de ver, lo mismo da una señorita que otra, ¿no es eso, milord?

—Sí —contestó Jasper, y enseguida cambió de idea—. No. Mal-

dita sea tu lógica, Pynch. Pareces un abogado. La verdad es que esa mujer tiene algo. No sé muy bien cómo describirlo. No es la mujer que yo habría escogido, a decir verdad, pero cuando estaba allí delante, tan valiente y decidida y al mismo tiempo mirándome con el ceño fruncido como si hubiera escupido delante de ella... En fin, me gustó bastante, creo. Claro que puede que fuera efecto del whisky que bebí anoche.

— Naturalmente, milord — murmuró Pynch.

— En fin... Lo que intento decir es que confío en que este compromiso acabe en una boda como es debido. Si no, pronto tendré fama de ser una especie de huevo podrido.

— En efecto, milord.

Jasper miró al techo con el ceño fruncido.

— Pynch, no debes darme la razón cuando me comparo con un huevo podrido.

— No, milord.

— Gracias.

— De nada, milord.

— Sólo espero que la señorita Fleming no conozca a ningún vicario en las próximas semanas, antes de la boda. Sobre todo, rubio como la mantequilla.

— Sí, milord.

— ¿Sabes que no creo haber conocido nunca a un vicario de mi agrado? — preguntó Jasper pensativamente.

— ¿De veras, milord?

— A todos parece faltarles la barbilla. — Jasper se tocó el largo mentón—. Puede que sea requisito indispensable para ingresar en el clero de Inglaterra. ¿Lo crees posible?

— Posible, sí. Probable, no, milord.

— Hmm.

Al otro lado de la habitación, Pynch pasó un montón de sábanas al estante más alto del ropero.

— ¿El señor va a pasar el día en casa?

— Ay, no. Tengo otros asuntos que atender.

—¿Incluyen esos asuntos a ese hombre de la prisión de Newgate?

Jasper dejó de mirar el techo para mirar a su ayuda de cámara. Pynch, cuyo semblante solía parecer impertérrito, había entornado ligeramente los ojos: tenía cara de preocupación.

—Me temo que sí. El juicio de Thornton será muy pronto, y es seguro que le condenarán a la horca. Y cuando muera, se llevará consigo toda la información que tenga.

Pynch cruzó la habitación provisto de una gran toalla de baño.

—Suponiendo que tenga alguna.

Jasper salió de la bañera y cogió la toalla.

—Sí, suponiendo que tenga alguna.

Pynch lo observó mientras se secaba con los ojos todavía entornados.

—Discúlpeme señor, no me gusta hablar de lo que no me incumbe...

—Y sin embargo siempre lo haces —masculló Jasper.

Su criado continuó como si no le hubiera oído.

—Pero me preocupa su obsesión con ese hombre. Es un redomado embustero. ¿Qué le hace pensar que ahora va a decir la verdad?

—Nada. —Jasper arrojó a un lado la toalla, se acercó a la silla donde descansaba su ropa y comenzó a vestirse—. Es un embustero, un violador y un asesino, y sólo Dios sabe qué más cosas. Sólo un imbécil confiaría en su palabra. Pero no puedo entregarle al patíbulo sin intentar al menos sonsacarle la verdad.

—Temo que esté únicamente jugando con usted por diversión.

—Sin duda tienes razón, Pynch, como de costumbre. —Jasper no miró al ayuda de cámara mientras se pasaba la camisa por la cabeza. Había conocido a Pynch después de la masacre del 28º Regimiento de Infantería en Spinner Falls. Pynch no había luchado en esa batalla. No sentía su necesidad de descubrir quién había traicionado al regimiento—. Pero, por desgracia, la razón no importa. He de ir.

Pynch suspiró y le llevó los zapatos.

—Muy bien, milord.

Jasper se sentó para abrocharse las hebillas de los zapatos.

— Anímate, Pynch. Dentro de una semana, Thornton estará muerto.

— Lo que usted diga, milord — masculló Pynch mientras recogía el baño.

Jasper acabó de vestirse en silencio y se acercó luego al tocador para peinarse y recogerse el pelo hacia atrás.

Pynch sacó su casaca.

— Confío en que el señor no haya olvidado que el señor Dorning ha vuelto a solicitar su presencia en las tierras de la familia en Oxfordshire.

— Maldita sea. — Dorning, el capataz de su finca, le había escrito varias veces para pedirle ayuda en una disputa por unas tierras. Ya había dado largas al pobre hombre porque iba a casarse y ahora... —. Dorning tendrá que esperar unos días más. No puedo marcharme sin haber hablado con el hermano de la señorita Fleming y con la propia señorita Fleming. Recuérdamelo cuando vuelva, por favor.

Se puso la chaqueta, cogió su sombrero y salió antes de que Pynch pudiera decir nada más. Bajó las escaleras, saludó a su mayordomo con una inclinación de cabeza y salió por la puerta principal de su casa de Londres. Fuera le esperaba uno de sus mozos de cuadra con *Belle*, su hermosa yegua baya. Jasper dio las gracias al chico, montó y tranquilizó a la yegua, que se removió, mordiendo bocado. Las calles estaban atestadas, y debía llevar a la yegua al paso. Se dirigió hacia el oeste, hacia la cúpula de San Pablo, que se cernía sobre los edificios más bajos de sus alrededores.

El ajetreo de Londres se parecía muy poco a los montes agrestes donde había empezado todo aquello. Jasper recordaba bien los altos árboles y las cascadas, el fragor del agua mezclándose con los gritos de los moribundos. Cerca de siete años antes, él era capitán del ejército de Su Majestad y luchaba contra los franceses en las colonias. El 28° Regimiento de Infantería regresaba tras su victoria en Québec, y la larga fila de soldados se extendía por un estrecho sendero cuando les atacaron los indios. No tuvieron tiempo de organizar una línea

defensiva. Casi todo el regimiento fue masacrado en menos de media hora. Su coronel murió. Jasper y otros ocho hombres más fueron capturados, conducidos a un campamento de indios hurones y...

Todavía le costaba recordarlo. De vez en cuando, la sombra de aquel periodo aparecía al borde de sus pensamientos, como un atisbo fugaz de algo visto por el rabillo del ojo. Había pensado mucho en ello, y el pasado estaba muerto y enterrado, aunque no estuviera olvidado. Luego, hacía seis meses, salió de un salón de baile y en la terraza se encontró con Samuel Hartley.

Hartley había sido cabo en el ejército. Uno de los pocos hombres que sobrevivieron a la masacre del 28° Regimiento. Le dijo que un traidor dentro de las filas del regimiento había dado su posición a los franceses y a sus aliados indios. Cuando Jasper se unió a él para buscar al traidor, descubrieron que un asesino había asumido la identidad de Dick Thornton, uno de los caídos en Spinner Falls. Thornton (a Jasper le costaba llamarle de otro modo, aunque sabía que ése no era su verdadero nombre) estaba ahora en Newgate, acusado de asesinato. La noche de su captura, sin embargo, había jurado que él no era el traidor.

Jasper aguijó a *Belle* para sortear una carretilla llena de fruta madura.

—¿No quiere una ciruela dulce, señor? —le gritó la linda muchacha de ojos oscuros que había junto a la carretilla. Ladeó coquetamente la cadera al tenderle la fruta.

Jasper sonrió admirativamente.

—Apuesto a que no es tan dulce como tus manzanas.

La risa de la frutera le siguió mientras avanzaba por la calle repleta de gente. Jasper volvió a pensar en su misión. Como Pynch había dicho con toda razón, Thornton era un hombre acostumbrado a mentir. Hartley, por su parte, jamás había expresado duda alguna respecto a su responsabilidad en los hechos. Soltó un bufido. Claro que Hartley estaba muy ocupado con su flamante esposa, lady Emeline Gordon, su ex prometida.

Jasper levantó la vista y se dio cuenta de que había llegado a

Skinner Street, que daba directamente a la calle de la prisión. La imponente y adornada verja del penal formaba un arco sobre la calle. El edificio, reconstruido tras el Gran Fuego, estaba decorado con estatuas que representaban nociones tan elevadas como la paz y la misericordia, pero cuanto más se acercaba uno a ella, más intolerable se hacía su hedor. El aire parecía cargado de un olor a excrementos humanos, a enfermedad, a podredumbre y desesperación.

Una de las patas del arco terminaba en la caseta del guardia. Jasper desmontó en el patio de fuera.

El guardia que había tras la puerta se incorporó.

—¿Otra vez aquí, señor?

—Otra vez aquí, McGinnis.

McGinnis, un veterano del ejército de Su Majestad, había perdido un ojo en alguna campaña extranjera. Se tapaba el agujero con un trapo enrollado alrededor de la cabeza, pero el trapo había resbalado, dejando al descubierto una cicatriz enrojecida.

El guardia asintió con la cabeza y gritó hacia la caseta:

—¡Eh, Bill! Lord Vale ha vuelto a venir. —Se volvió hacia Jasper—. Bill vendrá enseguida, milord.

Jasper asintió y le dio media corona para asegurarse de que su yegua seguiría en el patio cuando volviera. Ya en su primera visita a aquel odioso lugar había descubierto que sobornar a los guardias con extravagante largueza facilitaba enormemente las cosas.

Bill, un escuálido hombrecillo con una densa mata de pelo gris hierro, salió enseguida de la caseta. Llevaba en la mano derecha la insignia de su oficio: una gran anilla de hierro repleta de llaves. Hizo una seña a Jasper inclinando el hombro y cruzó el patio camino de la entrada principal de la prisión. Allí, el enorme portal saledizo estaba decorado con grilletes labrados en piedra y la leyenda «*Venio sicut fur*»: «vengo como ladrón». Bill empujó con el hombro a los guardias que había junto a la puerta y le condujo dentro.

El olor era peor allí, donde el aire parecía rancio e inmóvil. Bill avanzó al trote delante de Jasper por un largo corredor y volvió a

salir al exterior. Cruzaron un gran patio por el que los presos pululaban o se arremolinaban en grupos, como desperdicios arrojados por el agua a una orilla particularmente mísera y lúgubre. Atravesaron otro edificio más pequeño y luego Bill le condujo hasta unas escaleras que daban al Pasillo de los Condenados. Estaba bajo tierra, quizá para que los presos probaran de antemano el sabor del infierno en el que pronto se hallarían para toda la eternidad. Las escaleras estaban húmedas y la piedra desgastada y lisa por el paso de tantos pies cargados de desánimo.

El corredor subterráneo era oscuro: allí, los presos tenían que pagarse las velas, cuyos precios eran desorbitados. Un hombre cantaba en voz baja una dulce tonada fúnebre que de cuando en cuando se alzaba en una nota aguda. Alguien tosía y otros discutían en voz baja, pero en general reinaba el silencio. Bill se detuvo delante de una celda con cuatro ocupantes. Uno de ellos yacía sobre un catre, en un rincón, posiblemente dormido. Otros dos jugaban a las cartas a la luz parpadeante de la única vela.

El cuarto estaba apoyado contra la pared, junto a los barrotes, pero se incorporó al verlos.

—Una tarde preciosa, ¿verdad, Dick? —dijo Jasper alzando la voz al acercarse.

Dick Thornton ladeó la cabeza.

—¿Y cómo quiere que yo lo sepa?

Jasper chasqueó suavemente la lengua.

—Perdona, hombre. Olvidaba que aquí no se ve mucho el sol, ¿no?

—¿Qué quiere?

Jasper observó al hombre de detrás de la reja. Thornton era un hombre corriente, de mediana estatura, con un rostro agradable, aunque fácil de olvidar. Lo único que le hacía destacar un poco era su cabello, de un rojo intenso. Thornton sabía muy bien lo que quería: Jasper se lo había preguntado ya muchas veces.

—¿Que qué quiero? Pues nada. Sólo he venido a pasar el rato, a contemplar las delicias que Newgate ofrece a la vista.

Thornton sonrió y guiñó un ojo: aquella expresión facial era como un extraño tic que no podía controlar.

—Debe de creer que soy tonto.

—En absoluto. —Jasper miró su ropa raída. Se metió la mano en el bolsillo y sacó media corona—. Te considero un violador, un mentiroso y un redomado asesino, pero ¿un tonto? No, en absoluto. En eso te equivocas, Dick.

Thornton se humedeció los labios mientras veía cómo Jasper hacía saltar la moneda entre sus dedos.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Bueno. —Jasper ladeó la cabeza y miró distraídamente las sucias piedras del techo—. Estaba acordándome de cuando Sam Hartley y yo te atrapamos en el muelle. Llovió mucho ese día. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

—Entonces puede que recuerdes también que dijiste no ser el traidor.

Un brillo astuto apareció en la mirada de Thornton.

—No es que lo dijera, es que no lo soy.

—¿De veras? —Jasper bajó la mirada del techo para clavarla en sus ojos—. Pues, verás, el caso es que creo que estás mintiendo.

—Si miento, que me muera por mis pecados.

—Vas a morir de todos modos, y en menos de un mes. La ley dice que los condenados han de ser colgados en el plazo de dos días después de dictarse sentencia. Y me temo que en ese sentido son bastante estrictos, Dick.

—Eso, si me condenan en el juicio.

—Oh, claro que te condenarán —dijo Jasper suavemente—. Descuida.

Thornton parecía malhumorado.

—Entonces, ¿por qué voy a decirle nada?

Jasper se encogió de hombros.

—Todavía te quedan unas semanas de vida. ¿Por qué no pasarlas con ropa limpia y la barriga llena?

—Yo le cuento lo que quiera por una chaqueta limpia —masculló uno de los presos que estaban jugando a las cartas.

Jasper no le hizo caso.

—¿Y bien, Dick?

El pelirrojo le miró inexpresivamente. Guiñó un ojo y de pronto acercó la cara a los barrotes.

—¿Quiere saber quién nos vendió a los franceses y a sus amigos los indios? ¿Quiere saber quién pintó la tierra con sangre, allí, junto a esas malditas cataratas? Pues mire a los hombres a los que capturaron junto a usted. Ahí es donde encontrará al traidor.

Jasper echó la cabeza hacia atrás, como si le hubiera atacado una serpiente.

—Tonterías.

Thornton se quedó mirándole un momento más. Luego comenzó a reír con agudas y entrecortadas carcajadas.

—¡Cállate! —gritó un hombre desde otra celda.

Thornton siguió profiriendo aquel extraño sonido, sin apartar ni un instante sus ojos cargados de malicia del rostro de Jasper. Éste le sostuvo firmemente la mirada. Mentiras o medias verdades: eso era lo único que conseguiría sacar de Thornton, aquel día o cualquier otro. Le sostuvo la mirada y dejó caer la moneda al suelo. Rodó hasta el centro del pasillo, muy lejos de la celda. Thornton dejó de reír, pero Jasper ya había dado media vuelta para salir de aquel sótano infernal.